

Los Contem pora neos

"Hay un Ford en su futuro", decía el "slogan" publicitario de la famosa marca de vehículos. Hay un Ford en nuestro futuro, un Presidente Ford que llega el último día de mayo y se marcha en la calenda de junio. El gigante que corría velozmente por la pista de un aeropuerto, riendo a carcajadas, para rehuir las preguntas de los periodistas acerca de la suerte de su aliado que se hundía, de Vietnam cuya defensa estallaba, tendrá ahora un paso parsimonioso por la alfombra roja de Barajas, una sonrisa amable y un gesto serio cuando se escuchan los himnos, mientras lleva su mano y su sombrero a la altura de un corazón humano. Y un Kissinger levítico, con la carreta puesta del Premio Nobel de la Paz, pero con las tragedias de Vietnam, de Chipre, de Chile o del Oriente árabe desbordándole los bolsillos. Los Estados Unidos siempre presentaron a sus héroes por parejas: Stan Laurel y Oliver Hardy, Zasu Pitts y Thelma Todd. (O el reverso trágico de la medalla: Sacco y Vanzetti, Julius y Ethel Rosenberg. Pero estos héroes de silla eléctrica no eran, como sus propios nombres indican, totalmente americanos.)

Esta pareja infeliz tiene una representación tan alta, como ya ha dicho TRIUNFO, que no habría bastantes alfombras rojas en el país para señalar lo que el mundo que quiso ser libre debió a los idealistas de una nación que hace casi doscientos años pusieron en práctica el sistema de libertad frente a las autocracias, los absolutismos, los esclavismos, las intolerancias europeas, de las que muchos de sus hijos habían huido. No habrá bastantes flores ni bastantes banderas en el recorrido para feste-

jar la representación que trae el recuerdo de los muchachos muertos en Omaha Beach o en Salerno para acabar con el nazifascismo que ya había recibido la gran herida de muerte en Stalingrado dos años antes. No habrá

vitores suficientes para recibir al sucesor de dos asesinados, Lincoln y Kennedy; de un muerto en el esfuerzo, Roosevelt.

Pero Ford es también el sucesor de Nixon —el más inmediato—, y de Truman, el de la bomba atómica, y de Eisenhower, el de la guerra fría; y Kissinger es el brillante sucesor de Foster Dulles, para quien se inventó la palabra "warmonger", o hacedor de guerras. Esa pareja infeliz vendrá a Bruselas y se marchará a Austria y luego a Italia: son tejedores de imperio, que quieren reparar los destrozos en la túnica de la estatua de la Libertad. La estatua de la Libertad, pura y serena, fue violada por el Tío Sam, imperial y acusador, siempre con el dedo índice erguido contra alguien, siempre con la barba en punta, agresiva, y con los ojos chispeantes y la nariz codiciosa. Cuidado con los hijos del Tío Sam y la estatua de la Libertad. Son los asesinos del "American dream".

Y de una especie de "world dream", que ellos mismos comenzaron a despertar, de algunas albas de nuevas épocas de la humanidad que fueron luego poco a poco cubriéndose de nubarrones y temblores de tierra de Gólgota. Recibamos con entusiasmo un pasado cierto de los Estados Unidos. Pero desconfiemos de su presente, y evitemos que nos importen su futuro. Podría ocurrir después que ellos supieran zafarse de ese futuro, y nosotros no. No sería el primer caso. ■

UN FORD EN EL FUTURO

POZUELO



Ha sido menester que los Estados Unidos perdieran tan espectacularmente la guerra para que la realidad haya podido tomar forma de conciencia política. (Ford, ante las cámaras.)

ESTADOS UNIDOS

Examen de conciencia

● «Tengo la tentación de pensar que la introducción de fuerzas americanas es el peor sistema para enfrentarse con una subversión, porque representan un elemento extranjero». Esta tentación que tiene ahora Kissinger (declaraciones a la televisión el 6 de mayo) ha sido la de la mayoría inmensa de la opinión pública internacional desde hace muchos años, y ha sido expresada un enorme número de veces. El propio enemigo ha explicado bien, en las tesis militares de Mao, en las de Giap y Ho Chi Minh, que una penetración extranjera produce una reacción adversa inmediata en contra del bando a quien ha querido favorecer. Este «peor medio» comenzó a manifestarse como tal en la caída de la monarquía y de la autocracia del Irak (sede del Pacto de Bagdad) y no ha cesado hasta nuestros días.

Ha sido menester que los Estados Unidos perdieran tan espectacularmente la guerra para que la realidad haya podido tener forma de conciencia política. El párrafo referido concretamente a Vietnam por parte de Kissinger tiene este carácter de lección cándida: «En Vietnam, a partir de los años 1962 y 1963, cuando nos hemos comprometido allí por primera vez: hemos cometido probablemente el error de considerar a Vietnam como un caso ejemplar para nuestra política más que para la política vietnamita; hubiésemos debido considerar el crecimiento de la guerrilla más en términos vietnamitas que como una ofensiva que representaba una conspiración global». La idea de una conspiración global empaña muchas ve-

ces la realidad de las políticas nacionales, pero no hay ninguna prueba de que los Estados Unidos vayan a cambiar en el futuro sus medios de acción.

El discurso que Ford ha pronunciado simultáneamente (conferencia de prensa del 6 de mayo, en Washington) ha tratado de cubrir con un velo negro lo sucedido para no pensar más en ello. Existe la idea de celebrar un debate en el Congreso, tras el informe de una comisión de investigación, para discernir las culpabilidades en todo el asunto vietnamita: el presidente se opone. «La guerra ha terminado, miremos hacia el porvenir y no tratemos de buscar responsabilidades», dice. «Los Estados Unidos siguen siendo fuertes militarmente, económicamente (...). Sostendremos a nuestros amigos y nos oponemos a todo adversario eventual».

La frase «sostendremos a nuestros amigos» está claramente destinada a apuntalar el prestigio de un aliado como los Estados Unidos, pero no queda clara cuál sería la forma de sostenerlos.

En cuanto al descubrimiento de que no hay que comprometer fuerzas en acciones exteriores y de que no había que sostener tiranos en contra de la voluntad de su país, ya lo había hecho el presidente Kennedy, y comenzaba a ponerlo en práctica: la caída y muerte de Ngo Dinh Diem en Saigón debía preludiar la creación de un gobierno de tipo democrático que resolviese de alguna forma —por la negociación, por las elecciones, por la coalición— lo que entonces hubiese aceptado una gue-